

**RIBELLES DE LA VEGA, Silvia, *Un diplomático al servicio de su Majestad: Sir George Dixon Grahame (1873-1940)***

**Granada, Comares, 2021, 239 pp.**

**José Ruiz Mas**

Universidad de Granada

Cómo citar esta reseña: RUIZ MAS, José (2021). Ribelles de la Vega, Silvia, *Un diplomático al servicio de su Majestad: Sir George Dixon Grahame (1873-1940)*. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, (23), pp. 486-489, <https://doi.org/10.14198/PASADO2021.23.24>

Desde que hay constancia de la existencia de relaciones diplomáticas entre Inglaterra y España (siglo XV), numerosos embajadores españoles en Londres han sido motivo de variados estudios biográficos e históricos: Bernardino de Mendoza, el Conde de Gondomar, Ricardo Wall, Martínez de la Rosa, Cea Bermúdez, Merry de Val, Pérez de Ayala, Azcárate y el Duque de Alba fueron los más destacados entre el final de la guerra civil española y el inicio de la II Guerra Mundial. Y lo mismo ha sucedido con otros tantos británicos en Madrid durante las distintas épocas de las usualmente turbulentas relaciones anglo-hispánicas. Por ejemplo, Thomas Wyatt, Charles Cornwallis, John Digby, Endymion Porter, John Hookham Frere, Henry Drummond Wolff y Samuel Hoare, entre otros, cuyo estudio biográfico ha permitido contextualizar y matizar las relaciones entre ambos países. La óptica de tan experimentados observadores de las cortes reales, y de los intestinos del estado al que eran destinados con la misión de defender los intereses de su país de origen, aporta ricas perspectivas a la historia de las relaciones, no siempre bien avenidas, entre ambos países. A veces han sido los propios diplomáticos quienes redactaron sus memorias y autobiografías. Con frecuencia las suyas son visiones novedosas

©2021 José Ruiz Mas



Este trabajo está sujeto a la licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY 4.0).

que matizan (y en ocasiones contradicen) las narraciones universalmente aceptadas de un suceso o un periodo determinado. El caprichoso foco de la historia no ha sido justo con todos ellos. La discreta –aunque meritoria– labor de algunos diplomáticos han pasado inmerecidamente desapercibidas. Este era el caso de Sir George Dixon Grahame (1873-1940).

La biografía de Ribelles de la Vega, una experimentada historiadora y filóloga, redescubre a Grahame para el estudioso de las relaciones anglo-hispánicas de finales del siglo XIX y primer tercio del XX y también para el lector español, facilitando una mejor comprensión del papel ejercido por Gran Bretaña en la historia reciente de nuestro país. La autora sitúa al misterioso embajador británico en el lugar que merece en las historias de Gran Bretaña, de Francia, Bélgica y España, en periodos clave como la I Guerra Mundial y la dura entreguerra diplomática que siguió, debido a las desavenencias de aliados y perdedores y de los propios aliados, así como el final del reinado de Alfonso XIII y la proclamación y evolución de la II República, eventos más cercanos al corazón colectivo de los españoles.

Grahame no dejó escritas unas memorias sobre su larga carrera diplomática por más que se le instó a elaborarlas, pero su extensísima correspondencia con el *Foreign Office*, caracterizada por la asiduidad y por su (por lo general) clarividencia, como lógico fruto de una larga experiencia, no siempre entendida o valorada por sus superiores jerárquicos. También contamos con su prolífico epistolario con sus colegas, elevantes estadistas extranjeros, y un puñado de amigos coetáneos. Todos ellos han dejado un rastro bastante despejado para el interesado en entender su labor callada y eficaz en diferentes destinos. Para este menester Ribelles de la Vega no ha escatimado esfuerzos. Ha consultado numerosos archivos públicos y bibliotecas en Francia, Bélgica, Inglaterra, Escocia, España, en las universidades de Indiana y Birmingham, y archivos privados como los del Duque de Alba, y Churchill Archives en Cambridge, etc. así como diferentes censos y periódicos españoles, alemanes, franceses, británicos y belgas de la época. También ha revisado las memorias de diplomáticos del momento y ha realizado varias entrevistas con los escasos familiares (ya distantes) y amigos que le conocieron. Todo ello demuestra la ingente labor de la autora en una investigación cercana a la detectivesca.

El volumen se divide en dos grandes bloques. El primero (1873-1928) recoge la difícil –quizás solitaria– infancia y los primeros pasos de Grahame como secretario de embajada sin sueldo en París, Berlín y Buenos Aires, durante los años previos a una contienda mundial que se respiraba ya en el ambiente. Le sigue su gestión de embajador *de facto* en París en plena guerra, su postura de relativa comprensión para con la derrota alemana durante la tensa paz

vivida a lo largo de la posguerra y sobre todo su temprano nombramiento como embajador en Bruselas. A ello se añade su feliz gestión en aras del mantenimiento de la cordialidad entre Gran Bretaña y Bélgica, en constante peligro de enrarecimiento por la presión francesa sobre sus vecinos del norte, cuya colaboración deseaba en su afán de presionar a la destrozada Alemania.

El segundo bloque del trabajo cubre la parte de la biografía de Grahame (1928-1940) que más interesa al estudioso español y se corresponde con su nombramiento como embajador en 1928, cuando la Dictadura de Primo de Rivera comenzaba la cuenta atrás hacia su desintegración, y cuando la desprestigiada monarquía se disipaba durante las «dictablandas» de Berenguer y Aznar. Grahame fue testigo de la defenestración Alfonso XIII y la consiguiente proclamación del nuevo orden republicano en 1931, y de la degradación paulatina del régimen que desembocaría finalmente en la Guerra Civil. La huida del monarca y la pacífica y entusiasta proclamación de la 2.<sup>a</sup> República española en abril de 1931 fueron seguidas de cerca con por el *Foreign Office*, informado puntualmente por Grahame.

El Grahame que había presentado sus credenciales ante Alfonso XIII en 1928, haría lo mismo en 1931 ante el primer presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora. Su intervención durante los días sucesivos a la proclamación del nuevo régimen español, el 14 de abril, fue decisiva para que el gobierno británico lo reconociese solo una semana más tarde, superado el inicial recelo debido a lo inesperado y arriesgado de los acontecimientos. Grahame informaba a sus superiores sobre la toma de los poderes republicanos en casi perfecta armonía y pacífico entusiasmo popular. No ocultaba su admiración por Manuel Azaña, por el embajador de la República española en Londres, Ramón Pérez de Ayala (a quien legaría su amplísima biblioteca), y con la izquierda moderada, representada por Azaña y el socialismo.

Grahame no lo tuvo fácil como embajador: se vio pronto obligado a lidiar con la obstinación de las autoridades republicanas, que no se mostraban dispuestas a devolver a la reina María Eugenia de Battenberg las pertenencias que había dejado atrás al abandonar el país apresuradamente. Grahame también se escandalizó por el cariz revolucionario que iba tomando la República, por la que él había apostado desde el principio. Describió el ambiente enrarecido durante las elecciones generales de 1933 entre los partidos de derechas e izquierdas y el fascismo español (La Falange), la desafección de Companys y la Generalidad de Cataluña, y las actividades revolucionarias de los republicanos anti-clericales más exaltados, y las atrocidades cometidas por ambas partes durante la Revolución de 1934 en Asturias. Especialmente crítico fue con la represión estatal ejercida sobre los mineros y las versiones subjetivas,

inexactas y tendenciosas que llegaban a la sazón a la prensa británica, en las que se presentaba a España como un polvorín desatado y descontrolado por los anarco-sindicalistas y socialistas más radicalizados. Destaca su profunda implicación en la labor cultural pro-británica del Comité Hispano-Inglés y en la reconstrucción de la biblioteca de la Universidad de Oviedo, incendiada por unos descontrolados izquierdistas. La autora resume la gestión diplomática de Grahame durante la transición monárquica a la republicana y la andadura republicana como «una proeza formidable» citando al propio embajador.

Los capítulos finales están dedicados a la jubilación de Grahame en 1935, su fallecimiento en Río de Janeiro en 1940 y su (aparentemente) injusta caída en desgracia póstuma, generando una imagen negativa que ha perdurado hasta hoy.

Alfonso XIII fue siempre muy crítico con él y no cesó de calumniarle públicamente debido a su entusiasta apoyo inicial a la República. Tras su muerte, Grahame no gozó de buena prensa entre los suyos, quizás por su afinidad a la izquierda o debido a la sombra de leyenda negra que le construyó el resentido monarca español; quizás por la desconfianza que generaba su supuesta germanofilia, por envidia ante su meritoria carrera diplomática: embajador en Francia, Bélgica España. Grahame pudo ser víctima también de los prejuicios de sociales de la Gran Bretaña clasista y elitista de las épocas victoriana, eduardiana y pre-bélica, debido a sus ambiguos orígenes familiares.

La autora se esmera en rescatar del anonimato histórico la figura de Grahame: fue un diplomático discreto y eficiente, un verdadero caballero. Pero se ve obligada a admitir que hay pasajes oscuros en su vida y su carrera, y ciertos misteriosos vacíos, como la ruptura con antiguos compañeros de andadura profesional. Sin embargo, consigue inspirar el reconocimiento de la valía y el peso específico de Grahame. En efecto, Ribelles de la Vega logra mostrar el relevante papel ejercido por este eficiente embajador, británico hasta la médula, en la paz mundial y en la defensa de la República española, en la que pocos creían. Grahame queda situado, con toda justicia, en el lugar que le corresponde en la configuración de la complicada historia de la Europa del primer tercio del siglo XX. Es a mi juicio el principal mérito –no el único– de la reciente obra de Ribelles de la Vega.